

Permanecer en Cristo

Encontremos a Cristo entre los vivos

Medida que transcurre la temporada de Pascua y continuamos celebrando la resurrección de Cristo, hacen eco en nuestro corazón las palabras del Evangelio de Lucas: "¿Por qué buscan entre los muertos al que vive?" (Lucas 24:5). Lucas le está proclamando a su comunidad y nos proclama que Jesucristo vive. No solamente eso, sino que él ha pasado a una modalidad de existencia completamente nueva. No se trata de una resucitación, tan increíble como eso es, como en el caso de la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín, o el de Lázaro, el amigo de Jesús. No, este es el comienzo de algo completamente nuevo no solo para Jesús sino para todos nosotros, ya que Jesús nos hizo herederos del amor de su Padre cuando se hizo hombre en la Encarnación. Como Lázaro, Jesús también fue liberado de su mortaja y escapó de su sepulcro. No obstante, diferente a Lázaro, Jesús entró a una vida nueva, una vida resucitada, donde ahora está sentado a la derecha del Padre. Aunque usted y yo no podemos comprender esto completamente, como tampoco comprendieron las mujeres que acudieron al sepulcro de Cristo en el Evangelio de Lucas, podemos percibir con nuestros ojos terrenales y creer lo que nos dicen los ángeles. Con María de Magdala, Juana y María, madre de Santiago y las otras mujeres, la Sagrada Escritura nos presenta la difícil tarea de no buscar a Jesús entre los muertos sino entre los vivos. Además, aun ahora podemos experimentar los primeros episodios de la vida eterna que Jesús posibilita a través de la Iglesia y de los sacramentos.

En otras palabras, Lucas está diciéndonos que hemos sido llamados a vivir nuestra fe. Es decir, que no debemos perder tiempo en buscar a Jesús en el sepulcro, sino que debemos más bien ir y reportar, evangelizar y dar testimonio de nuestra fe, así como lo hicieron las mujeres que nos describe el Evangelio. Aunque esto tiene muchas repercusiones, un mensaje indiscutible es que debemos librarnos de nuestras predisposiciones, de nuestros prejuicios, de nuestras percepciones a menudo erróneas y, en el proceso, llegar a abrazar a Cristo Resucitado. Las mujeres que menciona Lucas en su Evangelio al principio no entendían lo que estaba pasando. Tuvieron que dejar de creer que los muertos no vuelven a la vida, mucho menos a una vida resucitada. Ellas tuvieron que resistirse a las costumbres y convenciones sociales de la época que hacían burla de la idea de que Cristo Resucitado, el Mesías, estaría más dispuesto a hablarles primero a las mujeres que a los hombres.

El mensaje de Lucas, dirigido a su comunidad y a nosotros, es transparente. La resurrección de Jesucristo nos mueve a ver las cosas de una manera completamente diferente, trasladándonos de las tinieblas del sepulcro a la luz del día, donde somos llamados a vivir nuestra fe al buscar a Cristo entre los vivos en lugar de sumirnos en nuestras



Arzobispo John C. Wester

predisposiciones que a menudo nos insensibilizan y nos agobian. Empero, esta conversión no es fácil. Por un lado, nos aferramos a aquellas creencias y suposiciones de las que nos valemos para entender el mundo y nuestra vida, aunque ese entendimiento sea erróneo. Por otro lado, no es fácil discernir qué prejuicios tenemos, ya que están tan profundamente arraigados en nosotros. (El otro día leí que, mediante un estudio conjunto realizado por Suecia y Estados Unidos, se logró determinar que el 80% de los conductores encuestados catalogaron su pericia ante el volante por encima del promedio. ¡Pensemos en eso por un momento!

Tristemente, en el mundo moderno hay muchos ejemplos de cómo nuestras predisposiciones nos mantienen separados y dificultan que grupos o individuos se den cuenta de todo su potencial. Recientemente leímos acerca de los dos individuos de raza negra que fueron arrestados en una cafetería Starbucks de Filadelfia. También sabemos que las mujeres a menudo enfrentan obstáculos para triunfar en nuestra sociedad. En un informe que en sus inicios presentó Female Founders Fund, una empresa inversionista, se indicaba que, el año pasado, solamente el 80% de las empresas de tipo startup dotadas de capital por capitalistas de riesgo del sector de la Bahía de San Francisco estaban lideradas por mujeres. Katherine Hays, la fundadora y Directora General Administrativa y Financiera de Vivoom, empresa de tecnología de la información respaldada financieramente por capital de riesgo, dijo que si ella fuera un varón de 21 años de edad que se vistiera con una sudadera con capucha, su compañía les resultaría más atractiva a los capitalistas de riesgo. Su observación conduce a otro estudio mediante el cual se determinó que los varones bien parecidos que miden más de seis pies de estatura constantemente son los más contratados, reciben mejor pago y son percibidos como más poderosos y prestigiosos. Me refiero a nuestro llamado a la formación moral, a moldear nuestro corazón y nuestra mente de acuerdo con una nueva vida en Cristo.

Aunque existe un sinnúmero de ejemplos de predisposiciones personales, también hay predisposiciones institucionales que nos afectan porque pertenecemos a una sociedad, a una familia, a una compañía o a una organización. Por ejemplo, en su exhortación apostólica Evangelii Gaudium, el papa Francisco indica que es lamentable que las estructuras económicas a menudo mantengan a las personas esclavizadas. Hablando de las llamadas teorías económicas de la filtración, el papa correctamente comentó que esas estructuras empujan a las personas hacia la periferia y muy a menudo las relegan a una vida de pobreza y de miseria. Conforme somos testigos del exterminio del pueblo Rohingya de Myanmar, de las matanzas en Siria, de las interminables tensiones en el Medio Oriente y de los pésimos prospectos para tantos de los niños de Nuevo México, no podemos evitar darnos cuenta de que hay en juego predisposiciones institucionales y sistémicas. Estos son los pecados de omisión que cometemos debido a nuestra ignorancia y negligencia.

Nuestros prejuicios y predisposiciones, ya sean personales o institucionales, nos mantienen separados y fragmentan el cuerpo de Cristo. La resurrección de Cristo nos llama a movernos más allá de esas predisposiciones y a integrarnos a la nueva manera de ser en la cual nos tratamos con respeto mutuo, dignidad y afirmación. Jesús nos enseñó

en su ministerio, y mediante su ejemplo personal, que debemos derribar los muros que nos dividen. Por ejemplo, él trataba a las mujeres con respeto y de un modo afirmativo en una sociedad donde ellas ocupaban un lugar de poca o ninguna importancia. Jesús vivió en un mundo donde sin duda predominaban los hombres. Sin embargo, en sus parábolas Jesús se dirigía a las mujeres cuando usaba ejemplos en los que ellas tenían voz y con los cuales ellas podían identificarse. Como indica el padre José Pagola en su libro *Jesús. Aproximación histórica* (2014): "Jesús no se limita a usar un lenguaje androcéntrico que considera todo desde un punto de vista masculino. Él también se pone en el lugar de las mujeres y las hace protagonistas de su parábola". Por supuesto, repetidamente, Jesús nos muestra mediante su ejemplo que debemos atravesar las barreras de nuestras predisposiciones y tenderles la mano a los pobres, los enfermos, los marginados y los oprimidos.

Además, Jesús no solamente nos demuestra cómo salir desde los sepulcros que son nuestras predisposiciones hacia la luz del día, sino que también nos manda su Espíritu, al que esperamos con expectación el día de Pentecostés que se avecina, para que nos permita deshacernos de la mortaja de nuestras predisposiciones. El Espíritu Santo reanima nuestra fe y nos permite unirnos con Cristo y los unos con los otros. Los dones del Espíritu Santo (sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios) nos ayudan a derribar las barreras que nos dividen. El Espíritu Santo nos envía a encontrar a Cristo entre los vivos. Como dijo san Juan Crisóstomo, segundo patriarca de Constantinopla (344 - 407 d. de C.) de una bella y alarmante manera hasta para nuestra época actual: "¿Quiéren honrar al cuerpo de Cristo? Entonces no lo despreciemos en su desnudez ni lo honremos aquí en la iglesia con vestiduras de seda, mientras que lo abandonamos allá afuera, donde él tiene frío y está desnudo. Porque aquél que dijo: 'Este es mi cuerpo' y lo hizo así por sus palabras, también dijo: Me vieron hambriento y no me alimentaron y puesto que no lo hicieron por el más humilde de mis hermanos, no lo hicieron por mí. Lo que hacemos aquí en la iglesia requiere un corazón puro, no vestiduras especiales; lo que hacemos afuera requiere gran dedicación."

Debemos dedicarnos a remover las mortajas de nuestras predisposiciones; a remover las predisposiciones que nos impiden abrazar a Cristo resucitado en todos sus hermanos y hermanas. No encontraremos a Cristo en los sepulcros de nuestros prejuicios y predisposiciones sino entre los vivos. Es cuando nos tratamos mutuamente con respeto, honrando la dignidad inherente en todo ser humano y viendo a Cristo reflejado en ellos, que estamos realmente libres. Somos en verdad un pueblo de Pascua que espera un día vivir con Cristo para siempre en el Reino que él nos abrió en su Resurrección y se manifiesta diariamente en nuestro amor y en nuestro interés por los demás.

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

Traducción voluntaria de: Anelle Lobos

Su misericordia perdura para siempre